



Cita en el aire

FASCÍCULO QUINTO



5 de 9

Severiano Gil

CAPÍTULO DIEZ

BASE AÉREA DE *TAUIMA*, NADOR

Menudo rapapolvo le había largado el coronel; su voz suave y algo cascada se había convertido en un látigo que hirió a Rafael Martínez en lo más hondo de su ser y de su espíritu militar. El jefe de la base, una antigua gloria de la Aviación Nacional, respetado, querido y, en algunos casos como el presente, temido, había hablado de indisciplina, falta de obediencia, insubordinación y no recordaba cuántas cosas más que, por más que Rafael quisiera, no podía digerir. Martínez había esperado, en cuanto le citaron al despacho del coronel, una bronca por exceso de celo, no aquella sarta de improperios que parecían encaminados a amilanarle por completo.

Parapetado tras la débil luz de la lámpara flexo que sólo iluminaba sus manos, el jefe de la base abofeteó verbalmente al inconsciente teniente piloto quien, en pie y en rígida posición de firmes, aguantaba el chaparrón mientras miraba fijamente el enorme retrato del Generalísimo que presidía el despacho.

A pesar de la penumbra creada por las gruesas cortinas de terciopelo y que apenas si permitía captar detalles, Rafael supo que debía de notársele la palidez al aludir el coronel a que podía ser necesario dejarle en tierra un tiempo para aplacar sus ímpetus... Pero, al final, todo quedó en velada amenaza y Martínez pudo respirar.

Salió del despacho mucho más iracundo de lo que había entrado, y, con una determinación que rayaba en el fanatismo, caminó por los pasillos hasta llegar al despacho del capitán Menéndez, el jefe de su escuadrilla.

—Pasa —apenas le vio, el capitán alzó un papel y lo dejó caer sobre su mesa—. Este avión tiene registro español, con todos sus papeles en regla y a nombre de un tal Remigio González Serrano y otro socio marroquí, de nombre Bachir Táieb,

—Contrabandistas —dijo Martínez, hosco.

—Pudiera ser, pero...

—¿Pudiera ser? —se encrespó el teniente, que daba rienda suelta así a la impotencia acumulada frente al coronel—. Despegó de un campo incontrolado, en plena sierra; voló directamente hacia territorio francés, e hizo caso omiso de todas mis señales e intimidaciones —se puso en jarras y adelantó el torso hacia su jefe directo— ¡¿Pudiera ser?!

—De acuerdo, pero... —Menéndez dudó—, pudieran haber ocurrido tantas cosas... Una avería, por ejemplo; pudo también haberse quedado sin gasolina y se vio obligado a tomar tierra donde buenamente pudo, ¿qué se yo?

—Pues yo sé, y seguro, que eran contrabandistas, y si no, ¿por qué no investigamos a qué se dedican esos dos?

—También estaba seguro Don Quijote de que eran gigantes —sonrió el capitán—. Pero, ¿y si no lo son? ¿Y si quedamos en ridículo al enviar la orden de requisa a los aeródromos del Protectorado?

—Se negó a seguirme; huyó, ¿es que no se da cuenta?: escapó de un avión militar que le hacía señas para que se dirigiera a un aeródromo.

—Estaría asustado..., y no me extraña si intentaste deshacerle el avión con tu tren de aterrizaje.

Martínez optó por guardar silencio al no tener nada con lo que rebatir aquella última observación; tomó asiento e hizo crujir los muelles de viejo sillón del despacho, llevándose las manos a las sienes.

—Lo que no entiendo es la obsesión del coronel por un asunto que, para mí, está más que claro.

—¿Ha estado duro?

—¡Uf!

Menéndez sonreía ante la testaruda y poco meditada actitud de su subordinado. Llevaba toda la mañana liado con aquel asunto, desde que Martínez se había presentado en su despacho, echando espuma por los belfos y dispuesto a cargarse a media flota aérea que utilizaba regularmente los aeródromos del Marruecos español.

—¿Sigues pensando en dar parte? —le interrogó.

—¡Pues claro, faltaría más! —se puso en pie Martínez—. Estoy en my derecho, ¿no?

—¿Pero tú sabes lo que vas a hacer?

—Por supuesto, y sigo reafirmandome en mis suposiciones —señaló Martínez la hoja de papel, tratando de contener su ira sin lograrlo apenas— ¡Ese tío era un contrabandista, o algo peor!

—Está bien, está bien. De acuerdo, lo cursaremos..., y a ver qué dice el coronel.

El portazo que dio Rafael estuvo a punto de alcanzar el nivel de ofensa a un superior, pero Menéndez, que recordaba el calor de la sangre a los veintipocos años, no se lo tuvo en cuenta.

Cejijunto y ofuscado, Martínez paseó por la base durante un tiempo, sin atreverse a hablar con nadie, dándole vueltas al asunto y enfriándose a la par que los minutos transcurrían.

Presenció en aterrizaje del Junker Ju-52 de *Iberia*, procedente de Málaga, y observó el desembarque de pasajeros, curioseando cerca del avión trimotor y sorprendiéndose, como siempre, de que aquel armatoste construido a base de gruesa chapa ondulada fuera capaz de alzar el vuelo.

Cuando entró por fin en el bar de oficiales, vio a Luis Quintana que estaba a punto de iniciar una partida de billar.

—¡Rafa! —dijo el otro en su dirección— Menuda has liado, ¿eh?

Conservando la hosca expresión, se acercó a su amigo, que le palmeó la espalda, señalándole la barra.

—Venga, te invito, ¿qué quieres tomar?

—Nada, no estoy de humor, Luis.

—¡Venga, hombre...! —el otro le tomó ligeramente del brazo y ambos se alejaron del resto de los oficiales que conversaban, casi todos, sobre el jaleo que Martínez había organizado a costa de aquel avión civil.

—¿Te apuestas algo a que te devuelvo la sonrisa? —preguntó Quintana.

—Lo dudo.

—Pues agárrate: no tengo servicio esta tarde.

—¿Quieres decir que...?

—Que Hermosilla me ha pedido un cambio por no sé qué asunto, y estoy libre.

—¿Entonces?

—Podemos ir a Mídar ¿Te parece a las cinco y media?

—A las cinco y media —respondió Rafael, sonriendo a su pesar y empujando aquel asunto del avión contrabandista hacia un rincón poco transitado de su mente.

CASA DE BACHIR, MÍDAR

Ya había pasado el medio día cuando Remigio dio por terminado el almacenamiento de todos los artículos entregados en el vuelo de la noche anterior; una noche agitada sin duda. A buen recaudo, la mercancía esperaba en el sótano a que llegara el momento de saltar hasta su punto de destino, y González pudo relajarse por primera vez en casi veinticuatro horas.

Demasiado cansado para dormir, abandonó la casa, subiendo en la Chevrolet y arrancando en dirección a Melilla. Soñaba con una comida aceptable, un auténtico café y cigarrillos americanos y, como postre, un buen sueño, a ser posible en compañía. Y todo eso era mejor buscarlo en Melilla, lejos del campo, del polvo y de las moscas.

Cuando salía de Mídar, conduciendo la sucia y deslucida camioneta, no advirtió la presencia lejana del solitario jinete que descendía al trote desde las lomas de Tafersit.

PALMS FIELD, BÉCHAR

Howard agradeció la sugerencia de Ibarra de dejar a un lado los papeles y estirar las piernas. Habían pasado media tarde entre curvas de potencia y gráficos de rendimiento óptimo para conseguir que el *Mehari*, el avión de Claire, efectuase los vuelos con el menor consumo y la máxima velocidad que era posible sacar a su diseño. Terminaron de nuevo en el hangar número uno tomándose una taza de aquel café espeso y apenas bebible que hacía Ibarra.

Al principio, Howard se había extrañado del repentino cambio en la actitud del español, pero éste mismo le aclaró que, por su lado, Albert y Julien estarían haciendo los mismos cálculos, ayudados —sólo ayudados— por Claire, y se había empeñado en apurar al máximo para acercarse al resultado perfecto. Era una clara competencia entre el punto de vista técnico de ambos franceses y el meramente empírico de ellos dos, e Ibarra quería ganar.

—De todas formas —aclaró Howard —, ellos serán siempre más precisos que nosotros. El aparato es un extraño para todos, pero ellos son sus creadores.

—Pero nosotros lo vamos a volar —opinó el otro—. Por cierto, ¿sabes quién dará el visto bueno final?

—No será Claire, ¿no? —había algo de sorna en la voz del americano.

—Su padre —miró Ibarra su reloj—, ese cabestro de *monsieur* Bousignac.

Howard dejó correr un paréntesis en la charla, hizo un último esfuerzo por beberse el café que quedaba en su jarrillo y optó por no entrar de lleno en el tema del patente rencor con que Ibarra se refería siempre a los miembros de la familia de Claire.

Se oyó un rumor creciente de un motor de aviación, y vio que su compañero miraba el reloj.

—Es pronto para que regrese Dick, ¿no es eso? —preguntó Howard.

—No es el DC-3, hombre, parece mentira que no conozcas el sonido —se puso en pie Ibarra—. Eso que se acerca no es el avión del canadiense, sino el de Bousignac.

Howard salió detrás del otro, atravesaron el hangar oscuro donde el *Lysander* parecía descansar y salieron ambos al exterior, desde donde pudieron ver un puntito lejano que se acercaba.

Habían discutido ya los dos sobre el accidentado aterrizaje en *Phantom* y, para su tranquilidad de espíritu, el español había estado de acuerdo en que fueron las difíciles condiciones de viento, ayudadas por la tendencia de *Lizzie* a clavar la cola, lo que había determinado la brusca toma de tierra y la consiguiente avería.

Durante la comida, Harry había estado más silencioso que de costumbre, pero Shaeffer e Ibarra habían empezado a intercambiar bromas sobre el asunto y ello hizo que la tensión se aflojara, pasando el hecho a formar parte del anecdotario repleto de experiencias desagradables de todos los que allí estaban, lo que ayudó en mucho a que el propio Howard recuperara algo de su tambaleante seguridad en sí mismo.

El aparato del dueño de *Air Touareg* se dejó ver, por fin, volando a escasa altura, y Howard dejó de pensar en su nefasto vuelo de estreno para dedicarse a la contemplación del bello, estilizado y elegante aparato que mostraba intenciones de aterrizar, pero que, sin embargo, no lo hizo, realizando en cambio una pasada a muy poca altura sobre la pista, como si su dueño quisiera mostrarlo en todo su esplendor a los que observaban.

—Es bonito el condenado —dijo Howard, en justo homenaje al monoplano de color amarillo y limpias líneas aerodinámicas.

—Lo es, y muy bueno también; yo comencé a volar en uno de esos, en España.

—¿Es español?

Ibarra negó, y el aparato pasó casi sobre sus cabezas, inclinándose un tanto y luciendo su ala baja y las dos cabinas descubiertas, ocupada solamente la posterior por el que Howard supuso era René Bousignac.

—Es francés —aclaró el otro, cuando decreció el estrépito y el aparato alzaba la nariz e iniciaba el amplio giro que le situaría de nuevo sobre el umbral de la pista—: un Caudron *Aiglon*.

Howard se fijó en que, como siempre ocurría cuando un aparato se aproximaba a *Palms Field*, los operarios, empleados y pilotos que estaban presentes acudían a la rampa de carga con objeto de recibir a quien fuera. Era uno de los pocos actos de sociedad, descontando las comidas, las cenas y el té británico, de los que podían disfrutar los habitantes del aeródromo, sobre todo las mujeres.

—En Francia le llaman *el avión de las mujeres* —aclaró Ibarra cuando Howard descubría a Claire, que acudía con paso rápido hacia donde estaban ellos—. Antes de la guerra, una de ellas consiguió llegar a Madagascar desde la misma Francia; todo un récord.

Sobre todo tratándose de una mujer, pensó Howard que el otro agregaría para sus adentros. Le hacía gracia aquella especie de hostilidad que demostraba el español hacia el sexo femenino en todo lo que se relacionaba con la aeronáutica. No soportaba que Claire se atribuyera el diseño del *Mehari*, y mucho menos que lo pilotara; recelaba de ella, y el tono de su reciente alusión a aquel raid Francia-Madagascar protagonizado por una mujer, parecía confirmarle que Ibarra despreciaba a las aviadoras casi tanto como a los miembros de la familia Bousignac.

El Caudron C-600 tocó tierra y efectuó un aterrizaje impecable, girando a mitad de pista y estacionándose cerca del grupito de personas que esperaban. Antes de que le colocaran los calzos y la hélice se detuviera por completo, Claire ya había saltado sobre el ala y besaba a su padre.

Mientras se sucedían las bienvenidas y los apretones de manos, Howard se entretuvo en admirar el diseño del avión escuela, y se aproximó aún más al ver que

un par de mecánicos descapotaban el morro para echar un vistazo al motor Renault de 100 caballos de potencia.

Estaba absorto contemplando el ingenio cuando oyó la voz de Claire, detrás de él y muy cerca.

—Papá —dijo en francés—, te presento a Howard Lawson.

El americano se giró justo a tiempo de tomar la mano que Bousignac le tendía, captando de inmediato el porte distinguido del hombre que, a fin de cuentas, les pagaba a todos.

—¿Cómo está usted?

—Encantado de conocerle —hablaba un aceptable inglés el padre de Claire.

—Es el piloto de quien te hablé —dijo ella, continuando en el mismo idioma para que Howard pudiera entenderles—. De él fue la idea de emplear el *Languedoc* alquilado desde Argel a Dákar con sólo una escala aquí, en Béchar.

Howard, sorprendido por la frase, no apartaba sus ojos de Claire.

—¡Ah, *oui!* He esbozado un estudio sobre eso y creo que es viable, *monsieur* Lawson; más tarde podríamos hablar de ello, si le parece.

—Por supuesto —aturdido no era, ni con mucho, la palabra adecuada para adjetivar el estado de confusión del norteamericano—. Cuando usted guste, señor.

Después de un ligero gesto, padre e hija se alejaron, enfundado él en un atuendo deportivo impecable, camino de los edificios. Howard buscó a Ibarra, que le miraba desde unos pasos de distancia con gesto torcido

—Yo... —apenas atinó a decir el americano, y se extrañó consigo mismo al tratar de buscar una excusa a su comportamiento.

—Maldito conspirador —susurró el español—; te gusta lamer el culo a los de arriba, ¿eh?

Howard no entendió del todo la frase del otro, mal chapurreada y con dos o tres palabras extrañas intercaladas en ellas, pero estaba claro que Ibarra estaba enfadado. Echó a andar detrás de él, viendo cómo los demás se retiraban alrededor del padre de Claire.

Mientras trataba de igualar la rápida zancada de su compañero, volvió al asunto aquél del *Languedoc*. Estaba de acuerdo en que él había sugerido lo de usar un avión mayor, ¡cualquier tonto se podría haber dado cuenta de eso!, pero nada más; el resto de lo que Claire había dicho y que parecía querer atribuirle a él era una pura invención.

—Eh, Ernie, espera —llegó al nivel de Ibarra—. Yo no..., sólo sugerí lo de poner un avión grande en la línea de Argel.

—¡Que se te ve el plumero! —dijo, en español, lo que acabó de desconcertar a Howard quien, repentinamente harto de buscar el perdón para algo de lo que no tenía que avergonzarse en absoluto, detuvo su andar.

—¡Iros todos al infierno!

Molesto con Ibarra, consigo mismo y, en especial, con Claire, que a saber las intenciones que tendría de hacerle aparecer ante su padre como un gran estratega comercial, Howard se alejó solo en dirección al otro extremo del conjunto de edificios del campo, hacia la zona de los depósitos de combustible y el garaje del único autobomba existente en *Palms Field*.

Pero se dio cuenta de que allí no podía fumar, y giró sobre sus pasos para dar un paseo sobre la pista, vacía y solitaria, que se extendía de Este a Oeste como una antesala del desierto que les rodeaba.

MÍDAR, MARRUECOS ESPAÑOL

Luis había hablado con un conocido que le dio las señas del único practicante del Centro Médico del pueblo, un español amigo de la familia de aquél, y suficientemente discreto como para confiar en él. El Mercedes de Quintana se quedó estacionado frente a su puerta, más seguro, y, en el domicilio del practicante, los dos tenientes vieron ponerse el sol, aguardando ansiosos a que, una hora después, Aísa les recibiera a ambos en la puerta escondida del huerto de Bachir.

PALMS FIELD

Desde que se iniciara la cena, todo el tema de conversación giró en torno a los cambios que se iban a introducir en los vuelos de la compañía; con el jefe allí, la ocasión era única para sondear pareceres y proyectos futuros previstos por los directivos que, usualmente, no abandonaban Argel.

—¿Quiere usted decir que va a anular la línea de Orán?

Harry Dover había descartado los juramentos a los que era tan adicto, desde que René Bousignac había llegado, haciendo gala constantemente de una desmedida prudencia verbal.

—En efecto, *monsieur* Dover —dijo, dando por terminado su plato de ensalada y aguardando a que el camarero argelino lo retirara—. Sólo mantendremos un vuelo desde Argel a Dákar, con una breve escala aquí para dejar el correo de Tánger —esbozó una pícara sonrisa—, y, por supuesto, el servicio de Béchar a Tánger con el *Mehari*.

A pesar de que se expresaba en inglés, la pronunciación de Bousignac era tan *inglesa*, y los giros que empleaba tan rebuscados, que a Howard se le hacía difícil, a veces, entender al presidente de *Air Touareg*.

—Como ya sabemos todos —intervino Claire—, es corriente recibir aquí la carga con destino a Dákar, que procede de Orán y utiliza el ferrocarril para llegar hasta Béchar —la chica hablaba para todos los reunidos en torno a lo que más parecía una mesa de conferencias que un comedor—: piezas de equipo, maquinaria de pequeña entidad, paquetería, prensa...; todos con destino a Dákar —hizo una pausa y alzó las cejas de aquel modo que la hacían muy atractiva a Howard—. Ahora bien, si anulamos esta escala, el usuario no tendrá más remedio que escoger nuestros servicios desde Argel para hacer llegar sus mercancías al Senegal, puesto que aquí, en Béchar, el *Languedoc* no tomará carga.

—De esta forma —apoyó René Bousignac a su hija—, anulamos de un plumazo la competencia del tren.

Un silencio encaminado a digerir la información se adueñó del comedor, y todo el mundo, en algún momento, dirigió sus ojos hacia el mapa que representaba la división política del Noroeste africano y sobre el que se habían dibujado las rutas de *Air Touareg* con un grueso lápiz de color rojo.

—Vamos a ver si lo he entendido —dijo Harry, apurando su copa de vino—. La idea es dejar una sola línea entre Argel y Dákar servida por el tetramotor, y la escala de éste aquí, en *Palms*, es sólo para justificar el viaje de nuestro pequeño petrolero hasta Tetuán y Tánger.

—En efecto, así es.

Howard observó que el jefe de operaciones había desechado la cerveza como bebida habitual, quizás como deferencia hacia el que, además del cargo en la compañía, era propietario de tantos viñedos en el Norte de Argelia.

—En ese caso, nos sobran aviones —apuntó Bob Drake desde el fondo de su enorme tórax.

—Justo, *monsieur* —aceptó Bousignac con una sonrisa el plato que le acababan de servir—. Llegando la saca en el *Languedoc*, podremos prescindir del *Oxford* y, por supuesto, del DC-3; y el *Goéland* será sustituido por nuestro prototipo.

Las miradas del matrimonio Drake recorrieron los demás rostros de la mesa, y Howard supo que estaba asistiendo a la muerte de *Palms Field* como centro neurálgico de las líneas de *Air Touareg*.

—¿Y qué haremos con ellos? —preguntó Mark Shaeffer, que había participado a Howard su intención de comprar un avión de saldo para dedicarse por su cuenta a trasladar viajeros excéntricos de uno a otro lado del continente.

—Venderlos, por supuesto.

La imagen del despido fulminante hizo aflorar la ansiedad en algunos de los presentes. Martha, la mujer de Drake, pareció contactar telepáticamente con Lillian Dover, que seguía en cambio impassible el desarrollo de la conversación sin apenas probar bocado.

—Oh, pero no se preocupen —continuó Bousignac, que había captado perfectamente la inquietud de los otros—, con los beneficios que nos reporte ese vuelo a Dákar, que serán muchos —sonrió, y se detuvo mientras tragaba un trozo de pollo y limpiaba afectadamente sus labios con la servilleta—, y contando con lo que nos rinda el de Tetuán, pensamos adquirir otros aparatos.

Casi se oyó el suspiro generalizado que demostraba el alivio general, a la par que se añadía la curiosidad por saber por qué otro lugar trocarían aquel asentamiento en las puertas del Sáhara.

—Soplan vientos favorables —apuntó Julien, y hubo varios asentimientos, como si entre todos quisieran forzar hacia arriba la gráfica de beneficios de la compañía.

—Sobre el papel —arriesgó Ibarra, que simuló interesarse sobremanera por la salsa que acompañaba al segundo plato, sin importarle la caída de moral de los demás compañeros.

—Efectivamente, sobre el papel —le contestó Claire, sin mirarle—, pero se han hecho estudios a fondo y las previsiones son muy buenas.

—Tenemos la intención de abrir una línea con Roma —dijo, a modo de adelanto, René Bousignac, y las dos esposas presentes fueron incapaces de amortiguar el brillo que aquellas palabras encendieron en sus miradas—; y otra más, probablemente con Barcelona, pero esto ya depende de los resultados de nuestra operación con el *Mehari*.

—Pero eso es fantástico, señor Bousignac —tuvo que reconocer Harry, aunque en su fuero interno dudara que *Air Touareg* confiara en él, un británico, como director de operaciones de un proyecto tan vasto.

—Y todo ello gracias a la sugerencia de *monsieur* Lawson.

Howard levantó la mirada y escrutó los rostros de los presentes: Harry reía desde el interior de sus pupilas, Bousignac rezumaba una gratitud que casi podía ser verdadera, Ibarra tenía los ojos medio cerrados y, en los de Claire, llegó a detectar un ápice de orgullo y un mucho de complicidad.

—Bueno, yo sólo...

—Fue su idea —continuó Bousignac— la que nos permitió pensar en quitarnos de encima la competencia del ferrocarril; una gran intuición, muy propia de un *businessman* de Norteamérica. Confieso que, cuando Claire me habló por teléfono, tuve mis dudas, pero, posteriormente, el consejo de dirección de la compañía sólo encontró ventajas conforme avanzaba en sus cálculos.

René Bousignac, ahora con una sonrisa sincera, parecía dar a entender que era muy capaz de descender de su encumbrada posición para dejarse besar por el pueblo llano.

Había asombro en algunas caras, y Howard supo que no debía mantener aquella postura suya de modestia real que podía parecer excesivamente falsa.

—Por favor, camarero —pidió el jefe, en francés—, traiga más Champagne.

Más tarde, después de brindis y las felicitaciones mutuas, Ibarra se las ingenió para desaparecer; los esposos Drake, Lillian Dover y Albert iniciaron una partida de naipes; Bousignac, pretextando un lógico cansancio, se retiró a dormir, y Claire se hizo la despistada aunque, realmente, esperaba ansiosamente la proximidad de Howard.

—¿Puedo hablar contigo? —le preguntó él.

—Mejor que eso, puedes llevarme a dar una vuelta por los alrededores. Tráete tu pistola.

Fue ella la que se sentó al volante del *jeep*, pero el piloto renunció a hablar debido a que el viento de la marcha hacía imposible una conversación normal.

Claire tomó por una pista casi deshecha en dirección Nordeste y, cuando parecía que su intención era alcanzar la carretera principal a Kras el-Aaíd, se desvió hacia un mar de dunas rodeando las alturas del *yebel* Béchar, internándose en el desierto y obligando a Howard a orientarse por las estrellas, enormes, brillantes y numerosas, que tachonaban el cielo sahariano.

Ella detuvo el automóvil de pronto, y saltó al suelo, esperando a que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad recién creada al apagar los faros. Howard la siguió, caminando por aquella arena compacta y dura que daba paso, no lejos de allí, a las dunas suaves del *Gran Erg* occidental.

Consideraba la recomendación de Claire de llevar el revólver demasiado aparatosa, por lo que prescindió del cinturón con su funda, que dejó sobre el asiento del *jeep*.

—¿Por qué? —dijo él a la noche y a la oscuridad, sin una palabra previa, y ella supo al instante a qué se refería.

—A nadie viene mal un impulso —se encogió de hombros—, y no puedes negar que la idea del *Languedoc* fue tuya.

—Sí, pero todo lo demás...

A pesar del fulgor de las estrellas y la mancha amarilla que anunciaba la salida de la luna, apenas si podían verse las facciones, y a Howard le gustó aquel modo de conversar con una Claire invisible. Pero ella ya había arrancado algunos de aquellos ralos matorrales que jalonaban el suelo y, haciendo un montón cerca del coche, tendió la mano hacia Howard en una muda solicitud de su encendedor.

El primer intento de prender las matas no prosperó, y Claire, quitándose el pañuelo que llevaba al cuello, lo empapó de gasolina en una petaca del *jeep* y, colocándolo

sobre el montón de ramas espinosas, le dio fuego, originando una pequeña fogata que esparcía destellos rojizos a su alrededor.

—Espero que valga la pena —dijo, y Howard no supo si se refería al pañuelo o a su modo intrigante de hacerle aparecer ante su padre como un dechado de inteligencia comercial.

Un chacal aulló a lo lejos, y, mucho más cerca, un trote desmañado avisó de la presencia de hienas. Claire y Howard se sentaron cerca de las llamas, encendiendo ambos un cigarrillo y olvidando la anterior conversación ante el espectáculo de las llamas que no podían hacer empalidecer las estrellas.

Charlaron de cosas triviales, al principio, interrumpiéndose alguna vez ante la cercana risa de las hienas que, en un par de ocasiones, se acercaron lo bastante como para que se pudieran distinguir los ojos como ascuas de un ejemplar, entre las tinieblas que les rodeaban.

Howard se levantó y, tomando un par de piedras planas, las hizo entrechocar, lo que provocó la huida del cánido, a la que se sumaron los sonidos del galope de varios de sus congéneres. El americano se tumbó de nuevo junto a la chica y ella señaló a la oscuridad.

—No nos dejarán en paz —aseguró Claire.

Empezaron a hablar de tiempos pasados; de la juventud más lejana e, incluso, de lo que podían recordar de la niñez. Así fue cómo Howard supo que Claire era la única hija del matrimonio de colonos formado por René y Helene Bousignac; que ella se había educado en Argel, con visitas regulares al Atlas Telliano y Sahariano, e incluso al mismo desierto, en busca de caza, a la que su padre era muy aficionado.

—¿Cuándo empezaste a interesarte por los aeroplanos?

Claire sonrió.

—Por aquel entonces, te hablo de los años treinta, yo tenía más que suficiente con mi colegio de Argel y los fines de semana en la propiedad familiar de los Aurés; pero mi tío Alain estaba muy metido en el mundo de la aviación, en la metrópoli.

Otra vez pasos de pezuñas vacilantes, risas cascadas, ojos brillantes y, al resplandor de las llamas, la visión fugaz de un lomo rayado. Las hienas volvían a acercarse, pero Claire siguió.

—Mi tío, hermano menor de mi padre, encabezaba la representación familiar en los consejos de accionistas de las dos empresas vinculadas con la aeronáutica —Howard recordó su anterior conversación y asintió—. También figuraba dentro del equipo de competición de la casa Caudron; volaba con los *racer* que ganaron tantos trofeos en el treinta y cuatro y el treinta y cinco; y fue en un viaje a París, durante unas vacaciones de verano, cuando pude oler por primera vez el interior de la cabina de un avión.

—Recuerdo eso —intervino Howard—. Allí, en los Estados Unidos, todos estábamos pendientes por ver quién conseguía los escasos segundos de ventaja. Las apuestas, como es natural, eran favorables a los británicos, aunque casi siempre eran los equipos franceses e italianos los que se llevaban el trofeo.

—Era un mundo maravilloso —Claire, con la vista perdida en las estrellas, soñaba sus recuerdos—. Había muchas mujeres que pilotaban y... —hizo un gesto, cogiendo con ambas manos una de sus piernas doblada por la rodilla—, la cosa me gustó; saqué la licencia en un hermoso y brillante *Moth* amarillo y me quedé en París para estudiar la carrera una vez accediera a la universidad.

—Tu tío sería un buen maestro —admitió Howard.

—Me llevó de la mano hasta que, prácticamente, conseguí acabar los estudios en el treinta y nueve —Claire mantuvo su sonrisa al seguir—. Murió en el cuarenta, cuando su caza fue derribado por los alemanes sobre Amiens.

Howard dejó que un instante de silencio se deslizara en la conversación, mientras aprovechaba para rememorar los primeros años en los que él volaba, ilegalmente, en los *Stearman* y los *Ag-Cat*, fumigando cosechas y ganando lo suficiente para poder costearse la licencia de vuelo; pero no quiso comentar nada, en parte porque no deseaba hacer aflorar recuerdos que pudiesen hacerle añorar algo y, en parte también, porque sentía una pereza atroz mientras notaba el sueño avanzar a lomos de la suave cadencia de la voz de ella, que cada vez usaba más términos en francés.

—Mi tío Alain se parecía mucho a ti.

—¿Ah, sí? —sonrió él, y Claire asintió varias veces.

—Tienes ese mismo pelo rubio, y esa cara de niño bueno, aunque los ojos parecen estar a mil años de distancia en el tiempo —pareció satisfecha con su propia descripción—. Y, también, eres piloto de caza.

—Pero yo tuve más suerte.

—Sí.

Ahora fue ella la que se puso en pie, y Howard la siguió con la mirada mientras hacía chocar las piedras entre sí; sólo que, esta vez, los dos ejemplares de hiena no huyeron, sino que se limitaron a iniciar un corto trote para detenerse en seguida, todavía dentro del radio de luz de la hoguera.

La chica buscó y encontró una rama algo mayor que las demás y, acercándose al *jeep*, regresó con el cinturón de Howard, desenfundando el arma al arrodillarse junto a él.

—¿Has usado alguna vez esto? —preguntó Claire.

—No, nunca; en la Fuerza Aérea nos instruíamos con el *Cuarenta y cinco*.

Ella sopesó el revólver, cuyo metal negro brillaba a la luz del fuego; la enorme arma se veía desmesurada en las manos delicadas de la chica, que abrió el tambor con soltura, enarcó una ceja y silbó por lo bajo.

—Es un *tres cinco siete Magnum* —pareció entusiasmada— ¿Sabes que, exceptuando las carabinas mata-elefantes, no existe arma más potente?

—Algo había oído —admitió Howard, cuyos ojos no se apartaban del cañón negro azulado del revólver—. No pretenderás dispararlo, ¿verdad?

—¿Por qué no?

—Soy del país del revólver —sonrió él—, y ese tipo, en particular, está considerado sólo para brazos poderosos. Se dice que detiene un coche, rodando despacio, si le alcanzas de frente.

—Ya lo sé.

Claire cerró el tambor y lo hizo girar; apoyó una rodilla en tierra, de espaldas a la hoguera, e introdujo el extremo de la rama reseca en el fuego. Howard tuvo una vaga idea de lo que pretendía, y permaneció echado en el suelo, apoyado en un codo y observando.

En un momento dado, Claire volteó la antorcha sobre su cabeza y la lanzó hacia adelante, proyectando un débil círculo de luz que fue a estrellarse, chisporroteante, junto a dos o tres hienas que merodeaban a unos diez o doce metros de distancia. La chica asió la empuñadura con ambas manos y alzó el desmesurado cañón del arma; apuntó durante medio segundo y apretó el gatillo.

El estampido debió de oírse en tres kilómetros a la redonda, y la llamarada que salió por la boca del Smith & Wesson se prolongó dos cuartas por delante. Pero lo que más impresionó a Howard fue el vuelo que emprendió el animal alcanzado; el impacto de la bala alzó a la hiena medio metro hacia arriba, proyectándola hacia atrás hasta hacer que se perdiera en la oscuridad.

Un enorme concierto de ladridos, chillidos y pateos siguió al disparo, y Claire se volvió, abrió el tambor y repuso el cartucho disparado después de arrojar a la arena el casquillo vacío. Devolvió el arma a su dueño, y éste la sostuvo en la mano, mirándola largamente y horrorizándose del poder de una cosa como aquella.

—¿Era necesario hacerlo? —preguntó, en el silencio que sobrevino a la algarabía de los animales espantados.

—Si están demasiado hambrientas, sí. Arrastrarán el cadáver de su compañera y lo devorarán; con eso tendrán para toda la noche y nos dejarán tranquilos.

Lo dijo de una manera tan llana, que Howard no tuvo más remedio que reconocer que Claire era una mujer fuera de lo común; no sólo era capaz de echarse sobre sí la responsabilidad de colaborar en el diseño de un avión, sino que, además, era capaz de pilotarlo; y, después de ver aquella demostración de destreza con las armas, Howard se preguntó qué no sería capaz de hacer bien.

Al poco rato, como ella había anticipado, en la oscuridad del desierto se pudieron oír los gruñidos de la lucha que presidía la disputa por conseguir lo mejor del trozo del animal abatido.

—¿Vamos a quedarnos toda la noche? —preguntó él.

—Sólo hasta que me cuentes qué haces tú, un pacífico chico americano, en este desierto horrible y tan alejado de tu país.

Claire se había sentado a la usanza árabe, con las piernas cruzadas, y buscó un cigarrillo en el paquete que Howard llevaba siempre en el bolsillo de su camisa.

—Puede que esté aquí —hizo él gesto de pensar y, después, se decidió a probar suerte—, para poder encontrarme contigo.

—Crees en el destino, ¿eh?

—Qué remedio.

Y se besaron por primera vez, con el sabor del *Lucky Strike* firmemente asentado en los labios.

CAPÍTULO ONCE

TISTUTIN, MARRUECOS ESPAÑOL

Era ya noche cerrada, y el Mercedes negro de Luis Quintana zumbaba de regreso a *Tauima*, atravesando el poblado de Tistutin y siguiendo su camino hacia Monte Árruit, en dirección a Nador.

Había durado poco la visita a casa de Bachir; para Rafael, la estancia allí había resultado embarazosa, a pesar de lo agradable de estar junto a Zahra; para Luis, en cambio, lo que pudo observar había sido sumamente revelador.

Al llegar a la puerta del huerto, se habían tropezado con un viejo camión Marmon-Herrington cargado con petacas de gasolina; luego, una vez en el interior de la casa, Rafael notó prisas y agitación a causa de la presencia de ellos dos. Había, además, un desusado trasiego de paquetes en el piso inferior, allí donde tuviera lugar su primer encuentro con Zahra.

Por su parte, Quintana se dio cuenta de que todo el rato que duró su entrevista con Aísa, ésta se mostró esquiva y más atenta al ajeteo que se oía en la casa que a sus ardorosas caricias. Media hora después, cuando Luis se asomó a la ventana del cuarto, había podido asistir a la partida del camión, atestada su caja de hombres, fardos y petacas, y, ya oscuro, el Marmon-Herrington tomó el camino de Tafersit, que podía llevar tanto a Melilla como a Villa Sanjurjo por rutas distintas a la principal.

Rafael, por el contrario, no tuvo sentidos más que los que dedicó a Zahra durante la corta estancia. Bachir iba a venir, y eso hacía las cosas distintas para todos, menos para ellos dos, si bien deberían plegarse a un forzado paréntesis en su relación, al menos mientras el padre de ella estuviese en la casa.

Aísa les explicó, al despedirles en el huerto, que pondría una señal junto a la ventana, un pañuelo verde, en el momento en que el dueño de la casa se volviera a ausentar, arriesgando un periodo de una semana, por lo menos, antes de que se produjera la partida.

Sin saber el porqué, Rafael y su amigo corrieron de vuelta al coche y, una vez puesta la capota por el fresco de la noche, y en ruta hacia el Este, Luis comentó:

—Me parece que Bachir está metido en el asunto del contrabando, ¿te has dado cuenta?

—Sí —Rafael quiso conocer la reacción del otro—. Tiene su casa convertida en un almacén; en el sótano hay de todo, hasta gasolina por lo que hemos visto en ese camión.

Para pasmo de Martínez, el otro asintió sin más y continuó conduciendo como si tal cosa, apenas un gesto condescendiente a la luz del cuadro de instrumentos del Mercedes.

—¿No te sorprende? —forzó una respuesta del otro.

—¿Sorprenderme? En absoluto; es más, estoy seguro de que tu amigo Peñafiel, si no va a medias con él, poco le faltará —rió al final.

Rafael Martínez se guardó su estupor y, sin darse cuenta, tomó partido en defensa de la legalidad.

—¿Me das a entender que eso es práctica corriente?

—¡Pues claro, hombre...! —Luis tuvo que sacar medio coche fuera del asfalto para esquivar a otro vehículo que venía de frente y cuyas luces les deslumbraron—. Pero, ¿dónde te crees que estás?

—Bueno, no pensaba que esto estuviera tan extendido —suspiró Rafael.

—No sale en los periódicos, ya lo sé; pero, si en toda España hay contrabando, imagínate aquí, con toda esa frontera imposible de controlar.

—Pero el deber del ejército es reprimirlo, no aliarse con él —opinó Martínez en un arrebatado de ardor idealista que hizo sonreír al otro.

—El deber del ejército es combatir en las guerras, no andar haciendo de policía. Pero, claro, las cosas están muy mal; la Guardia Civil no da a basto, la *Mehal-la* menos, y, al final, ¿a quién le cargan el muerto?

—Pero, de eso a...

—Enciéndeme un pitillo, anda —pidió Luis— ¡Y qué remedio les queda! Nosotros, en Aviación, ni nos enteramos, y eso que tú no haces más que quejarte de que no tenemos radios o de que, para economizar gasolina, ni siquiera llevamos municiones. Pues, si supieras... —Luis dejó que Rafael le pusiera el cigarrillo encendido en su boca—, gracias..., si supieras como lo están pasando los de tierra...

—No hace falta que me digas lo duro que debe de ser estar todo el día liado con esas patrullas, o pasar el tiempo en los destacamentos abandonados de la mano de Dios.

—Pues ahí lo tienes. Tú lo has dicho: abandonados, no de Dios, sino de los hombres, sobre todo de los que más debieran preocuparse por ellos. Están viviendo en la miseria más abyecta y, lógicamente, hacen lo que pueden para mitigar sus penurias —soltaba de vez en cuando el volante para gesticular—. No es que todos sean así, no todos tienen la misma suerte que Peñafiel de contar con un contrabandista pudiente cerca de ellos, pero la gran mayoría echa mano de lo que puede para poder ir tirando —acabó por encogerse de hombros—. Así son las cosas.

Se acercaban a Zeluán, y Luis guardó silencio para concentrarse mejor y tomar la curva que acababa sobre el puente. La alcazaba, sombría, se perfiló en una loma, cerca de la entrada del pueblo.

—Es comprensible: tratan de conseguir mejor alimentación y mejor equipo a costa de eso, de pasar la mano y, a cambio...

—¿Y qué le pasa al equipo? —inquirió Rafael.

—¿Que qué le pasa? ¡Válgame Dios, el equipo! —Luis no podía evitar reír mientras hablaba, pero su amigo se daba cuenta de que era una ficción para demostrar la capacidad del otro de saber sobrellevar las peores situaciones sin hacer un drama de ello—. Nosotros no sabemos lo que es eso, ya te lo he dicho; pero llevo el tiempo suficiente en África para oír y ver más allá de los discursos y pomposas noticias de prensa —negaba con la cabeza— ¿Qué sabemos nosotros lo que es salir de marcha con alpargatas de tela por todo calzado? ¿Qué sabemos lo que es comer lentejas rancias, garbanzos y habichuelas, en un plato de aluminio, y tener que fregarlo después con arena porque apenas si hay agua para beber? ¿Y las noches pasadas al raso, en las montañas del Rif, con el único abrigo de una manta de hace quince años, que se tiene sola de pie de la mugre que lleva encima?

Salieron de Zeluán y enfrentaron la recta que les llevaría a *Tauima*, apretando Luis el acelerador y conduciendo ahora casi sin prestar atención, sugestionado por sus

propias palabras y notando en el silencio de Rafael que éste estaba conociendo un nuevo punto de vista que jamás hubiese imaginado.

—Nosotros no sabemos de la misa la mitad, créeme —siguió— ¿Te imaginas lo que tiene que ser patrullar con un uniforme que no calienta en invierno y con el que te abrasas en verano, con una lata de sardinas y un chusco de tres días en el estómago? Podríamos hacer la prueba un día de estos, Rafa.

—No gracias —dijo, sólo por despegar los labios.

—Todo el mundo, al final, acaba cediendo, y los militares están hechos de lo mismo que los demás; se rodean de una coraza y aguantan lo que venga; tratan de conseguir la mejor tajada para ellos y para sus hombres, evitar lo peor y hacer lo más corto posible su destino en África, tratando de olvidar que, cuando llegaron, tenían los mismos ideales que tú —volvió a reír, seguramente pensando en alguien concreto—. Y te hablo de todo el que tiene algún cargo oficial, desde los interventores de zona al pobre maestrillo destinado en un poblado de montaña, pasando por todo el resto de los funcionarios. Hay que sobrevivir y esperar un cambio que mejore tu vida; y, a pesar que saben que en España se vive peor, todos sin excepción quieren volver. Eso, claro está, si no encuentran un puesto que les llene los bolsillos; en ese caso, por supuesto que están dispuestos a soportar penalidades por el bien de Marruecos.

—Pero Luis —Rafael expulsó con fuerza el aire contenido en sus pulmones—: España está destrozada, tuvimos una guerra, y el resto de los países nos ignoran. Hay que esforzarse por alzar nuestra nación, y si todos se dedicaran a...

—Pero estás en Marruecos, Rafa, y esto es un coto de *los de arriba*.

—¿Los de arriba?

—Los peces gordos, hombre... —tomó la curva frente al cuartel de La Legión y dejó que el Mercedes rodara a unos modestos cuarenta por hora, camino de la base— ¿A quién crees que sirven los intereses españoles en Marruecos? Pues a esa gente: los industriales, los negociantes de altos vuelos, no a los pobres comerciantes que sudan sangre para ganar unas perras, sino a los ricachones que están, de alguna manera, cerca de las alturas. Esos son los que se llevan tajada de las minas, las grandes fincas y los impuestos del *Majsén*.

—¿Me estás diciendo que no hay nada más, aparte de los intereses económicos?

—Y algo de prestigio de cara al mundo exterior; rica o pobre, Marruecos es una colonia, y eso nos sitúa en el catálogo de países más o menos adelantados.

Pasaron frente a la entrada de la base aérea, pero continuaron la marcha hacia Villa Nador; era demasiado temprano para volver.

Rafael, en silencio, daba vueltas insistentemente a una idea, buscando un agarradero con el que evitar caer en el desánimo del cuadro que estaba pintando su amigo.

—El maldito dinero —dijo, al fin, y Luis asintió.

—Al fin y a la postre, todo es dinero, el cochino dinero... Desengáñate, hombre; todo ese lío del contrabando, sus beneficios, van a parar a los buches de gente que le interesa se siga llevando a cabo. No son sólo las minas, ni siquiera el contrabando de gasolina ¿Sabes que se encuentran armas españolas, ¡y modernas!, en manos de rebeldes independentistas de la zona francesa?

—Robadas.

—No me hagas reír, ¡vendidas! Y no va a atreverse a hacer eso ni un capitán ni un coronel; son gente de más arriba... A éstos es a los que tienes que largarle el rollo de que hay escasez y pobreza en España.

A pesar de su lucha interior, Rafael estaba empezando a comprender que, con aquel ejemplo de las altas esferas, era casi inevitable que el de abajo buscara sus propias soluciones sin importarle nada más. Pero Luis seguía con sus tesis.

—Aquí se están hinchando, Rafa —dijo, justo al entrar en Nador—, y no son los militares, y mucho menos los pobres desgraciados de los destacamentos precisamente, sino unos pocos desaprensivos que están cerca del poder ¿Qué mal pueden hacer entonces los que, como Peñafiel, sólo tratan de mejorar su destierro? —rodearon la iglesia y se internaron en el cuadriculado casco urbano de la ciudad en ciernes, deteniendo Luis el coche junto a una acera casi desierta— ¿Nos tomamos algo? —estaban a la puerta de uno de los pocos bares donde se veía animación.

—Bueno.

—Y, por otro lado —seguía Quintana hablando, sin parecer darse cuenta del silencioso y huraño talante de su amigo—, ¿para qué arriesgarse?

—Pero la disciplina, las órdenes..., está en juego nuestro honor, nuestro amor propio.

Rafael esgrimió su última resistencia a comulgar con ruedas de molino. Por mucho que dijera Luis, él tenía sus propias ideas y su propia moral, aunque el otro siguió, después de detener el motor y empezar a bajar del coche.

—¿Nuestro honor? —acabó en un extraño gesto de asentimiento Quintana, para seguir— ¿Sabes con qué gasolina está funcionando el motor de mi coche? —Rafael le miró, empezando a negar—: con gasolina de aviación, oficial y escasísima. Mis buenos duros me cuesta que el suboficial a cargo me pase unos cuantos litros... —notó que el otro le iba a interrumpir, pero enfatizó el final—, cada vez que tú y yo decidimos ir a ver a nuestras niñas de Mídar.

No hubo respuesta, y hasta el timorato Rafael tuvo que caer en la cuenta que él mismo se aprovechaba del mercado negro.

—¿Te digo una cosa? —se detuvieron antes de entrar en el establecimiento, animado por el desarrollo de una partida de billar—: si a alguno de los jefes de destacamento se le ocurre meter mano a un contrabandista con agarre, se lo cargan de un plumazo, te lo digo yo.

—No te creo —dijo con firmeza Martínez.

—¿Que no? Mira, un moro que ha pasado una cabra es fácil de convertir en contrabandista y aplicarle el rigor de la ley, y cuidado con que un capitán no se exceda demasiado en procurarse mejoras evidentes para sus hombres; pero, a los que se dedican al contrabando de alto copete, ni lo sueñes, Rafa, ni lo sueñes.

Entraron en el bar y saludaron a los parroquianos; había algunos militares de paisano, dos o tres aviadores entre ellos. Rafael vio que uno de los que disputaba la partida era, precisamente, su jefe de escuadrilla, el capitán Menéndez.

Estuvieron observando el juego y, al final, fue el otro el que ganó, retirándose hacia la barra con sus acompañantes. Menéndez ofreció el taco a Rafael, y éste lo cogió.

—¿Cuántos coñacs os habéis bebido, par de tunantes?

El aspecto de Rafael era, verdaderamente, la imagen del abatimiento, y aceptó el reto del capitán sólo por librarse de la relación de poderosas razones que Luis parecía querer seguir desembuchando para justificar la negligencia de algunos.

Menéndez colocó las bolas y tiró, observando la trayectoria y las carambolas que hacían restallar el marfil. Estaban solos los dos en torno a la mesa verde y, antes de repetir la tirada, el capitán se puso junto a Martínez, haciendo como si estudiara su estrategia.

—He cursado el parte, ¿sabes?

Rafael asintió, satisfecho de ser uno de los pocos que trataban de poner coto a aquella disipación. El capitán se inclinó sobre la mesa, apuntó cuidadosamente e hizo oscilar el taco adelante y atrás con estudiados movimientos rítmicos.

—Me ha llamado el coronel —dijo, justo antes de darle a su bola.

—¿El coronel? —preguntó, sorprendido, Martínez.

—Te toca —dijo el otro.

—¿Para qué quería el coronel...? —Rafael le miraba sin decidirse a hacer uso de su vez.

—¿Vas a tirar o no? —Menéndez hizo un guiño a Rafael, que estaba a punto de romper el palo de madera, canalizando toda su ansiedad sobre él.

Haciendo un esfuerzo, Martínez buscó su bola, vio la blanca y arriesgó un tiro.

Falló.

—No van a cursarlo —dijo Menéndez, y al teniente se le pusieron los nudillos blancos de tanto apretar la madera.

—Menuda pandilla de...

—Me han echado una bronca de las que hacen historia, ¿sabes?

—Es inaudito, es...

—Me tuvo más de media hora frente a él, y el *repaso* fue de los que dejan regusto en el fondillo de los calzones.

—Cacique, déspota... —Rafael no levantaba la vista del tapete verde, y no vio cómo Luis le miraba, intrigado, mientras se acercaba desde la barra con tres copas en la mano.

—Rafa, pareces que has visto un fantasma —rió Luis—, van a creer que estás borracho.

—¡Me importa un...! Mañana voy a ir al despacho de ese...

—Pero, Martínez —Menéndez negó, suspirando—, ¿no ves que tiene razón?

—¿Quién, el coronel?

—Pues claro; tú tan solo has visto un avión, con matrícula española y pilotado por un pobre hombre que te saludó y al que casi derribas colisionando.

—Ese avión...

—¿Lo viste despegar?

—No, pero la polvareda...

—Déjate de polvaredas ni leches; ¿sabes lo que decía el plan de vuelo registrado en Fez?, que el avión venía en ruta desde Tánger, se desvió para esquivar el frente nuboso y siguió rumbo hacia Orán, cargado con un envío de medicamentos ¿Te das cuenta, zoquete?

—Eso es falso, ¡además, siguió el vuelo hacia el Suroeste!

—Mira que eres zopenco...—seguía riendo Quintana.

—¿Sabes que te digo? —decidió el capitán poner fin a la conversación que ya estaba llamando la atención de los otros—. Mañana, subes al ver al coronel, le ves y le cuentas lo que quieras, pero a mí me dejas en paz —Menéndez se inclinó, tiró y torció

el gesto, dando una palmada sobre el borde de la mesa al comprobar el resultado fallido— ¡Ah, y le insistes en que te curse el parte!

Luis tomó el taco de manos de Rafael, y llenó la mesa con las trayectorias de las tres bolas que chocaban entre sí, sin dejar aquella sonrisa que parecía hacer daño a Martínez.

—Rafa, que se te ve el plumero —dijo—. Tú estás tan cagado como los demás.

Rafael recordó la reciente entrevista con el jefe de la base, y no tuvo más remedio que reconocer que le faltaban tablas para enfrentarse a él, y más después que los propietarios del avión podían presentar un plan de vuelo plausible...

Luis tiró tres veces más, hasta que erró un cálculo y Menéndez, más relajado que con su anterior oponente, se empleó a fondo.

—Venga, hombre, anímate —dijo a Martínez, después de tirar—. Te puedo asegurar que, sea quien sea ese..., González creo que se llama, ¿no? —esperó a que el teniente asintiera—, debe de tener un tremendo enchufe en Tetuán, si no es en Madrid, lo mismo que su socio, ese tal Bachir; aparte de que hay una especie de repugnancia a importunar a los indígenas pudientes que...

La luz se hizo en la mente de Martínez con la misma contundencia que el choque múltiple de un millar de bolas de marfil; sumó el ajetreo de aquella tarde en casa de Zahra, la polvareda en los montes y el nombre de Bachir que, si bien era algo corriente, no podía corresponder más que al amigo de Peñafiel.

—¿Qué te pasa? —inquirió Menéndez.

—No, nada... —casi tartamudeó, pensando por un momento en hasta dónde podría alcanzar a Zahra una denuncia contra su padre.

Así, aunque sólo fuera un poco, tuvo que aproximar su punto de vista al de los otros dos, que le miraban fijamente.

—Podridos —dijo, a punto de esparcir el anís de su copa en el momento de echárselo al colete violentamente; tenía que disimular y mantener, aunque fuera falsa, su postura del principio—; todos están podridos y apestan.

Luis se limpió la gota de licor de la manga de su uniforme y se preparó a tirar.

—Amigo Rafa —dijo, con un lado de la boca para no perder la puntería—, o mucho me equivoco, o no tardarás en estarlo tú también.

Quintana había sabido atar cabos, igual que él, y su gesto de asentimiento le decía a las claras que, en realidad, *ya* estaba enfangado por cuanto mantenía relaciones con una muchacha cuyo padre era el rey del estraperlo en la zona.

Y en la balanza de su mente atormentada, pesó instantáneamente su deber de militar y su pasión por Zahra, sin que el fiel supiera de qué lado inclinarse.

CAPÍTULO DOCE

CASA DE BACHIR

Puede que todo estuviera trazado en las estrellas; en ese caso, Busta sólo fue el predestinado ejecutor que inició el cambio en los planes de los hombres, mucho antes de que éstos decidieran.

Aquella mañana, atiborrado de té, se afanaba en la tarea de desollar una docena de conejos que había alineado sobre el suelo del patio trasero de la casa. Estaba furioso, y ello hacía que empleara más energía de la necesaria en dar tirones a la piel del animal que había colgado por el cuello.

El capitán español se había negado a darle más dinero; y todo porque él, Busta, había preferido vender unos cuantos conejos en el zoco de Monte Árruit que llevarlos al destacamento militar, donde le darían una miseria por ellos.

Había hablado con Peñafiel, le había dicho que era muy arriesgado estar traficando con la hija de su tío a espaldas de éste. Era muy peligroso, sobre todo para él, un simple servidor al que sólo un tenue lazo de sangre unía con el amo; lazo que, seguramente, nada supondría a la hora de recibir el castigo de Bachir, si éste se enteraba de que, en cierto modo, había vendido a su hija.

A Busta no le servía siquiera su antigua idea de marcharse a Melilla, puesto que era un lugar demasiado cercano para escapar a las iras de su tío; tal vez Meknés o, mejor, Marrákech. Pero, para eso, le hacía falta dinero, y había ido al campamento a reclamar lo que se le debía por mantener al día la información sobre el contrabando. Pero el capitán Peñafiel se había negado a pagarle nada, con el pretexto de que Busta jugaba con dos barajas.

¡Y cómo no! Si aún se extrañaba de seguir vivo; era un milagro que nadie se hubiese acercado todavía a Bachir para contarle lo de las visitas que, durante dos días, aquellos militares de Nador habían realizado a su casa. Estaba seguro, además, de que aquello podía prolongarse eternamente; y su idea, aparte reclamar el estipendio que era suyo, era la de pedir a Peñafiel que influyera en los dos tenientes de Aviación para que no volvieran más.

Pero, no sólo ninguno de los dos oficiales del destacamento le había hecho caso, sino que el mismo Peñafiel le había llamado cobarde, traidor y otras muchas barbaridades, ante la mirada idiota de aquel teniente que sonreía sin dejar de mirarle. Luego, cuando el capitán dio por terminada la conversación y fue a salir, el otro oficial escupió en el suelo, delante de él, y, al volverse Busta con gesto de ira, Beltrán había levantado su fusta de montar y la había dejado caer sobre su cogote.

No fueron las palabras, ni el dolor del fustazo, floja y desmañada broma que maldita la gracia tenía, sino el hecho de verse humillado, el tono en el que le habían tratado y el sonoro salivazo del oficial, que salpicó sus sandalias de esparto.

Había sido un imbécil al querer aprovecharse de las circunstancias para conseguir algo que le estaba prohibido a los de su clase. Repitió varias veces *inchá al-lah* para sí mismo, pero ni así lograba convencerse de que Dios quería que Busta siguiera siendo un paria.

Mientras la emprendía con el cuarto conejo, oyó las pisadas de su tío Bachir, que caminaba sobre el empedrado haciendo resonar sus babuchas, y saludó a Busta con el tradicional *la paz sea contigo*.

— *Ua'alicum as-salam, iá sidi* —respondió él.

—Tienes trabajo, ¿eh? —preguntó Bachir.

Busta no contestó, y pasó a abrir en canal los conejos ensangrentados con su gumía. Bachir, mientras tanto, siguió paseando por entre las parras y los otros frutales del extremo del patio, envuelto en su albornoz blanco, indumentaria cómoda que sólo usaba cuando se hallaba descansando en su casa.

—¿Cómo van las cosas con Aísa y las demás? —preguntó, al acercarse de vuelta del paseo que le llevó a rodear todo el huerto.

—Bien —respondió el sobrino, escuetamente.

—¿No hay quejas de los *aromis*?

—Ninguna.

—Me alegro ¿Vienen todas las tardes?

—Algunas... —vaciló Busta cuando un salpicón de sangre manchó sus zaragüelles—; unas veces juntos y, otras, separados.

—Eso es buena señal.

Cuando todos los conejos estuvieron sin piel y abiertos, Busta se arrodilló frente al primero y, aguardando un instante, comenzó a orinar en el interior del cuerpo del animal desprovisto de vísceras. Repitió la operación con todos, racionando sus propios orines y, limpiándose después las manos y el pene tan escrupulosamente como prescribe el Corán, se puso en pie y agarró el azadón.

—Busta —dijo Bachir, que había estado observando, con las manos entrelazadas a su espalda y la actitud de un rey sabio que intuye cierto desasosiego en uno de sus súbditos—, te noto un poco raro.

—¿Raro?

—¿No serán las fiebres? —Bachir miró con interés los animales alineados y se dijo que, tal vez, su sobrino necesitara algo más de dinero para dejar de tener que hacer aquellas cosas. No estaba bien que un *hach Táieb*, aunque fuera de la rama impura de la familia, anduviera trapicheando con animales que criaba para sacarse unas perras. Quizá, cuando acabaran los vuelos al *yebel Karn* y se trasladaran a Tetuán...

Busta comenzó a cavar en forma rápida y experta una zanja en la tierra húmeda del huerto. Después, abiertos cuatro hoyos pequeños, colocó cuatro conejos en cada uno y los cubrió con tierra suelta y oscura, apisonándola a continuación. Era la única manera de conservar, hasta el próximo día de mercado en Monte Árruit, los conejos que había matado y que, después, se arrepintió de llevar hasta el destacamento español.

Para eso había tenido que beber té hasta reventar, y para eso había tenido que mancharse las manos con la sangre y las porquerías; para eso tenía que humillarse y orinar como un animal. Aquél era su sino, y no podía aspirar a más, sobre todo ahora que ya no tenía siquiera el apoyo de los militares de Mídar.

Eso sí, reconocía que era *inchá al-lah*, y que de los designios de Dios nadie escapaba. Y allí mismo, terminado el trabajo pero sin alzarse aún del suelo húmedo, Busta comprendió que, a pesar del castigo, siempre sería mucho más conveniente estar de parte de los suyos.

—*Si* Bachir —volvió la cabeza hacia su tío—, tienes que saber algo.

—¿Algo? ¿De qué se trata? —se acercó el otro lentamente, pero sin disimular su interés—, ¿es acerca de tu sueldo?

—No, *¡á sidi*, es acerca de Zahra...

DESTACAMENTO DE CABALLERÍA

MÍDAR, MARRUECOS ESPAÑOL

Peñafiel miró a los cuatro soldados alineados frente a él, y movió la cabeza; todos ellos tenían las alpargatas destrozadas, y permanecían en posición de firmes buscando una dignidad que su atuendo les negaba.

La mañana había empezado con aquel problema del calzado que necesitaba urgente solución, como todos los que se presentaban; y mientras fueran cuatro alpargatas, bueno estaba; pero había otros, todavía más urgentes, relacionados con la alimentación.

Peñafiel asintió en dirección a Mondragón, el brigada administrador del escuadrón, y se alejó camino de la tienda comedor, como una forma de hurtar a la vista de todos sus botas de montar de cuero bien lustrado.

—¿Ha venido Busta con los conejos que apalabramos? —preguntó a Beltrán, apenas entró.

—Busta no ha aparecido, mi capitán.

—Ese cabrón...

—Cuando le diste sólo cinco duros, en vez de la cantidad que quedó acordada, se le notó en la cara que nos la iba a jugar.

—Pues hay que hacer algo; hoy tenemos lo justo para comer, y mañana estará aquí el teniente coronel y hay que ponerle algo decente por delante —Peñafiel parecía hablar consigo mismo.

—Siempre se puede comprar algo en Mídar —comentó el teniente, o en cualquier cábila cercana; Mondragón sabe de eso.

Peñafiel, asomado a la entrada de la tienda, hizo gestos al brigada para que entrara, y éste se cuadró delante de él.

—Descansa —hizo un gesto el capitán— ¿Hay metálico para comprar algo de comer?

—Claro, mi capitán; está disponible todo lo que pudimos arañar de la última mejora de rancho, ¿se acuerda?

Peñafiel miró a Beltrán, que esperó su decisión.

—Está bien —se dirigió al administrador—, mira a ver qué puedes encontrar, pero regatea un poco, con esos pocos duros tenemos que comer hoy y, mañana, preparar un festín.

—Descuide, mi capitán —Mondragón, evidentemente, estaba acostumbrado a hacer malabarismos con la corta asignación oficial— ¿Ordena alguna cosa más?

—Nada, gracias.

—A sus órdenes —dijo, y salió.

Beltrán iba a comenzar a ojear el periódico atrasado que el correo acababa de traer de Melilla, cuando recordó algo.

—Ah, mi capitán, ¿qué hacemos con lo de las alpargatas?

El otro no contestó enseguida, sino que se despojó del gorro y lo dejó a un lado de la mesa.

—¿Te das cuenta de cómo están las cosas? —dijo, mirando al teniente.

—¿Que si me doy cuenta? Cuando estuve en Melilla y hablé con los del almacén sobre ese asunto casi me fusilan; apenas si tienen alpargatas suficientes para calzar a la plana mayor del regimiento.

Hubo un silencio, y Peñafiel contempló el exterior de aquella mañana de cielo nublado, con ambas manos metidas bajo el cinturón de cuero.

—Así no me extraña que, cuando salen de noche, se tumben detrás de la primera higuera...

—Siempre se puede apretar las tuercas a los cabos —comentó Beltrán, que pasaba sin leer las páginas de *El Telegrama del Rif*.

—Pero, hombre..., somos de Caballería —siguió Peñafiel—; bastante tenemos con tener que hacer patrullas a pie. Y, además, ¿qué ganas tendrías tú de andar por ahí, de noche y pisando piedras y charcos durante...?

—¡Pero si casi no ha llovido en todo el invierno! —sonrió el teniente.

—Pero lloverá —Peñafiel se dejó caer en una silla y apoyó sus botas en otra—. No se puede seguir así. Ya sé que son malos tiempos, ¡pero es que todo está hecho una mierda! El armamento, las tiendas...

—¿Y lo quieres remediar tú solito?

—Alguno tiene que empezar, y que caiga quien tenga que caer. Resulta que no tenemos repuestos ni equipo decente y te ves por ahí a los moros con morrales y alpargatas del ejército, ¡y nuevas! ¿Tengo razón o no?

—No te la he quitado nunca —Beltrán cerró el periódico—. Respecto a lo de las alpargatas, ¿qué hacemos? Te advierto que hay diez o doce medio descalzos, aparte esos cuatro de antes y, cuando venga el jefe mañana, no vamos a mandarlos a todos de patrulla o a cortar leña.

—Bueno —sacó un cigarrillo el capitán—, habrá que decirle a Mondragón que compre, donde siempre, diez o doce pares nuevos con lo que quede del fondo del escuadrón.

—Cuando haga la compra de la comida, poco le va a sobrar; hay que darle un toque a Bachir.

Peñafiel asintió, mirando las ascuas de su cigarrillo.

—Iré a verle mañana, me parece que ha llegado ya —suspiró, elevando después la voz—. En cuanto a ese hijo de puta de Busta, ¡que se despida de sus doscientas pesetas mensuales! ¡Se acabó! Bastante que no le doy una paliza por no cumplir con lo de los conejos.

—Como tú digas.

MÍDAR

A pesar de que hacía tan poco de la llegada de Bachir, Rafael y Luis decidieron acercarse hasta Mídar aquella tarde; y pasaron un buen rato en casa del practicante, al que le resultaba divertido ayudar a aquellos dos calaveras.

Pero, poco antes de la anochecida, un vistazo hacia la casa les reveló no sólo que no estaba el pañuelo verde donde dijera Aísa, sino que la misma ventana, de ordinario abierta de par en par, permanecía cerrada a cal y canto.

Tuvieron que volver, y más al confirmarle el sanitario que, efectivamente, Bachir *hach* Táieb estaba en la casa desde hacía dos días; pero se marcharía pronto: nunca pasaba más de tres o, a lo sumo, cuatro días en su hogar.

Con esta esperanza, los dos amigos emprendieron el retorno hacia el Este, a tiempo todavía de tomar un par de copas en Melilla y olvidar el mal trago de haberse quedado a unos metros de la meta deseada.

En 1947, en el aeródromo de Tauima, cerca de Melilla, el material de vuelo se va volviendo obsoleto, agotado el remanente de la guerra civil. En la Argelia francesa, las empresas postales recurren a la aviación para enlazar la costa norte con las remotas soledades del interior sahariano, usando excedentes bélicos y pilotos veteranos en paro.

Cita en el aire, cuenta la historia del encuentro repetido de un piloto español y uno norteamericano que vuela para *Air Touareg*, nombre bajo el que se oculta una perfecta red de contrabando



Westland Lysander



FIAT CR-32

SNCA Mehari



Heinkel HE-112 B